

COLECCIÓN
AQUILES
NAZOA

13

Una Marea de Deseos

Georgina Martins

Ilustraciones: Douglas Muñoz



Fondo Editorial Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro Moros

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



corazón
VENEZOLANO

C O L E C C I Ó N A Q U Í L E S N A Z O A

13

Una Marea de Deseos

Georgina Martins

Ilustraciones: Douglas Muñoz



Fondo Editorial Ipasme

UNA MAREA DE DESEOS

Georgina Martins

Traducción del portugués: **Luiz Carlos Neves**

Depósito Legal: If65120108003614

ISBN: 978-980-401-099-6

Diseño y Diagramación: **Elia Gallegos**

Ilustraciones: **Douglas Muñoz**

Corregido por: **Luis Dario Bernal Pinilla**

Edición: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria

(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

E-mail: **fondoeditorial.ipasme@yahoo.com**

Página Web: **<http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>**

Dos palabras

A los maestros, padres y representantes

La actual problemática social del mundo, derivación directa de factores y hechos del más variado signo, se caracteriza por la angustia e inseguridad palpitante en el seno de la humanidad, con el factor agravante de que afecta con especial gravedad a los sectores juveniles, expuestos a la incidencia diaria de motivaciones cada vez más preocupante. Tal es una verdad que no puede ni debe ser ocultada y, por el contrario, nos impone el compromiso de acciones intensivas para aminorar esa especie de marcha suicida de algunos habitantes del globo terráqueo.

Inserto en esa realidad está el relato “UNA MAREA DE DESEOS”, obra de Georgina Martins, en cuyo contenido palpita, cual faro de luz esperanzadora, el clamor de la sociedad humana, pletórica de carencia cuanto anhelante de paz y, ante todo y por sobre todo, ejemplo constructivo, que propicia una calidad de vida cada vez mejor y, por lo tanto, más grata para todos, comenzando por el mundo latinoamericano preñado de sueños y logros verdaderamente revolucionarios.

LOS CAMINOS DEL CORAZÓN

Sergiana ni siquiera parpadeó cuando su maestra le pidió que contara en una redacción cuál era su mayor deseo. Quería tanto ir a la playa por primera vez que tenía la seguridad de que era eso lo que más deseaba. Sin embargo, tal y como ella lo fue descubriendo, ese deseo traía muchos otros incorporados, para los cuales parecía haber siempre algún obstáculo insuperable.

Como habitante del Barrio de la Marea, la niña lleva una vida difícil, en que se mezclan carencias, peligros y, a veces, alguna alegría. Mientras espera el regreso de la madre, quien la abandonó, hace las cosas comunes de las niñas de su edad. Al mismo tiempo, para ayudar a su tía en el mantenimiento de la casa, tiene que realizar un trabajo peligroso.

Luciano no necesita redactar ningún texto, pero también tenía deseos —y dificultades— de sobra. Además, ni desconfiaba de que sus manos fuesen capaces de producir tanta belleza. Juntos, los dos amigos recorren las calles del barrio y los caminos del corazón, y son inundados por una marea de descubrimientos.

Después de emocionarte con la historia de Sergiana y Luciano, vas a conocer a la autora del libro y aprender un poco más sobre los escritores, sobre los barrios y sobre los niños y los jóvenes que viven en ellos.



La niña, el mar, los deseos y la maestra de redacción



Cuando la maestra preguntó al grupo cuál era su mayor deseo, Sergiana ni siquiera pensó para responderle:

–Tengo ganas de ir a la playa, nunca he ido a la playa.

La maestra se sorprendió. Ella quería que cada quien hablara de su deseo, para después pedir una redacción.

–¿Nunca has ido allá? ¿Cómo puede ser? ¡Tú vives tan cerca de la playa!



—Bien, ahora vamos a hacer una redacción... El tema es “Mi mayor deseo...”
La maestra iba hablando mientras escribía en el pizarrón.

Sergiana se quedó atragantada, no lograba escribir nada de nada, sólo pensando en la playa, en las aguas mojando sus pies, en las zambullidas que daría... Pero no podía mojar los cabellos, daba mucho trabajo peinarlos. Siempre le dolían mucho cuando su tía le hacía las trenzas. Entonces, en su deseo, ella mojaría el cuerpo entero, menos la cabeza. Tal vez se mojaría el rostro, pero con cuidado, porque su tía iba a pelear mucho si ella se dejase los cabellos mojados.



-Pelo ruin es así, no puede mojarse todos los días, no, que se encoge. No hay manera, es de nacimiento.

Todos los días su tía decía la misma cosa, ¡y mientras iba haciendo las trenzas, más todavía! Era cuando ella reclamaba mucho:

—Y yo, que no tuve pelo de niña, ahora debo peinar ese pelo duro. Tranquila, no llores, que es peor. Si yo tuviera plata de sobra, pagaba a Diana para desrizar tu pelo. ¡Pienso que voy a mandar hacerte un corte de niño-hombre, así no da trabajo!

En esos momentos Sergiana quedaba triste, no quería el pelo cortito, y el desriz le quemaba la cabeza. Un día se lo hicieron. Fue su mamá quien pagó. Pero de nada sirvió, duró sólo por un tiempito. Incluso con el desriz ella no iba a poder mojar la cabeza en la playa. ¿Entonces para qué? Si cuando saliera del agua no pudiera secarse los cabellos con el viento, ¿para qué? Ese era otro deseo de la niña: secarse el pelo al viento. Pero su tía no se lo permitía:

—Pelo ruin es así, ¡tiene que vivir atado!

Ella no pensaba que sus cabellos fuesen malos, a veces hasta gustaba de ellos, pero sólo a veces, porque su tía no dejaba que a ella le gustara.

Si ella pudiera ver cumplidos todos sus deseos: ir a la playa, mojarse los cabellos y dejarlos secarse al viento...

—Maestra, ahora yo tengo tres deseos; ¿puedo escribir sobre los tres?



—No, tienes que escoger uno. ¡Ya te lo dije!

Sergiana quedó indecisa. No sabía cuál era su mayor deseo, necesitaba pensarlo. Es lógico que ella quisiera mucho ir a la playa. Ya había oído decir que el agua del mar era salada. Los niños de la escuela iban siempre a la playa, ellos hablaban del arrastre, algunos hasta participaban. Al principio ella no sabía qué era el arrastre, pensó que fuese cosa de pesca.

—Ah, tú no sabes nada. El arrastre es así, se reúne un buen grupo de chicos que sale por la arena arrastrando las cosas de gente, robando. ¿Entendiste? Entonces viene la policía y empieza a golpear a todo el mundo, disparan y todo, entonces nosotros salimos corriendo, y si vas a la playa con nosotros da igual, van a pensar que tú también formas parte del arrastre.

Pero Sergiana no quería participar del arrastre, no, ella lo que sólo quería de verdad era bañarse en el mar, meterse bien hondo, y jugar al caimán.

—Allá en Leme es buenísimo para jugar al caimán. ¡Hay cada ola, son tremendas!

La niña conocía el Leme por la televisión. ¿O sería el Leblón? Antes ella pensaba que había caimanes en la playa, entonces tenía miedo, no quería ir allá, no.

—No seas tonta, no hay caimanes de verdad, no, jugar al caimán es seguir la ola.

Pero ahora ella sabía todo sobre la playa, eso de pensar que había caimanes de verdad fue sólo al principio, cuando ella llegó aquí a Río de Janeiro con su mamá, pero eso había sido hace mucho tiempo. En Buíque, su pueblito, no había playa. Ahora ella sabía hasta el número del bloqueador solar que debía usar, la patrona se lo había dicho a su mamá. ¿Para qué?, pues



ella no podía ir a la playa, y si fuese no tenía plata para comprarse el tal bloqueador. Para su tía eso era cosa de tonto.

—¿Dónde se vio negro broncearse, o necesitar bloqueador? ¡El negro ya nació quemado. Dios lo quemó para no perderlo de vista, eso es! Marca de Caín.

Su mamá también hablaba de esa marca de Caín pero ella no sabía nada de esa marca, nunca conoció a Caín. Mamá explicó que Caín era hermano de Abel, y ambos eran hijos de Adán y Eva. Un día, por mera envidia, Caín mató a Abel, entonces Dios como castigo puso una marca en Caín, para que él fuese identificado como el asesino del hermano. Contaron también que Dios mandó a que alguien poblara África pero ella no estaba segura de que era Caín. Solo sabía de esa marca.

—¿Pero Caín era bronceado?

Eso su mamá no supo explicarle, ella tampoco había oído bien aquella historia.

¿Pero y el deseo? Debía escoger uno, sólo uno. Aunque uno cabía dentro del otro, mojar el pelo y secarlo al viento podían ser uno sólo. Decidió preguntar de nuevo.

—Ahora tengo sólo dos deseos, puedo escribir sobre los dos?

—No, ya dije que debe ser uno sólo.

La maestra no quería saber de muchos deseos.

Volvió a pensar en la playa, en las olas, en las muchachas tan bonitas, tostaditas, que ella veía en la tele. Ellas usaban bloqueador, eran todas doradas, con cabellos que volaban con el



viento. Ella se acordó de un deseo más, un deseo de muchos años, un deseo que tenía desde el tiempo en que vivía con su mamá en el campo.

—¡Tan bueno si mi pelo volara!

Un día, ella ató un pañuelo de su mamá en la cabeza y salió corriendo por el patio. De nada resultó, el pañuelo era grueso, de tela ordinaria.

—Si fuese de seda, seguro que volaba. Fue su mamá quien se lo dijo, pues Sergiana nada sabía de sedas. De nada servía pedirselo a la maestra, porque ahora había cuatro deseos pero los cuatro también podrían transformarse en dos: primero ir a la playa y después mojarse los cabellos y dejarlos volar al viento para que se secasen. Era tan sencillo. ¡A la maestra le gustaba complicar!

Se acordó de que un día había ido con su mamá a casa de la patrona. Eso quedaba en la urbanización del Flamengo, y ellas irían a ver el mar. Sergiana halló Flamengo muy diferente, no se parecía a la Marea. Buíque se parecía más.

—Madre, ¿esas personas aquí hablan portugués?

—Caramba, chica, pero claro que lo hablan. Todo eso es Brasil.

Entonces su mamá se acordó de que la patrona decía muchas palabras que ella no comprendía y dudó: ¿De verdad que hablan portugués?

Aquel día no vio el mar. Había mucho trabajo en la casa de la patrona y su mamá trabajó hasta tarde, se cansó, y aquella semana todo el mundo sólo podía subir el cerro hasta las diez de la noche, era una orden de la gente del narcotráfico, debían obedecer. Si fuesen a ver el



mar, no podrían volver a casa. De dormir en casa de la patrona, ni pensarlo. Ella no gustaba de servicio durmiendo en su casa.

Su mamá prometió que el fin de semana siguiente iba a llevarla a ver el mar, pero ella no quería sólo verlo, quería bañarse. Su mamá iba a cumplir lo que prometiera, siempre que prometía, lo cumplía: tardaba pero cumplía. Entonces, el sábado, su mamá no volvió de la casa de la patrona. Ella la esperó mucho. Aquello nunca había ocurrido. Claro que mamá le había avisado que iba a regresar muy tarde. Había mucho trabajo aquel fin de semana, y después ella iba a pasear un poco para refrescar la cabeza. Sergiana se acordó de que su madre últimamente andaba muy rara, a veces hasta hablaba de irse de aquel lugar. Se acordó de que un día oyó a su mamá conversando bajito con su tía:

—¿Pero tú la cuidas, no? Va a ser por poco tiempo, consigo algún dinero y regreso.

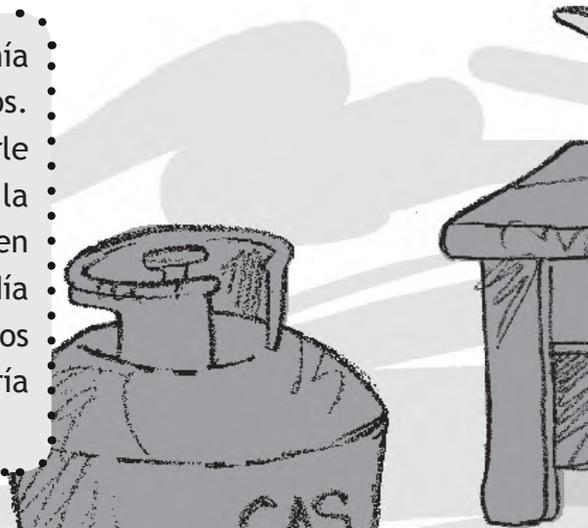
Se fue y no volvió más.

—Tía, ¿mi mamá va a volver, no?

La tía no le quiso contestar, sólo se secó los ojos con el paño de cocina.

—¡Ve a jugar, niña, ve a jugar!

•••••
• Y el recuerdo de la madre llevó a Sergiana a pensar en que tenía •
• otro deseo más, pero ese no tenía nada que ver con los otros. •
• Además, no iba a ser posible escribir sobre él. ¿Cómo explicarle •
• a la maestra que desde la desaparición de su madre, la niña la •
• esperaba en las paradas de transporte? Ella siempre llegaba en •
• carrito y, como los carritos llegaban a toda hora, su mamá podía •
• llegar en alguno de ellos. Y fue así como pasó a esperar todos los •
• días en las paradas. Decidió que sobre ese deseo ella no quería •
• escribir ninguna redacción.
•••••





—Claro que tu mamá murió, tonta, al contrario ya se había vuelto. Tal vez la mataron.

Luciano siempre decía eso cuando ella le contaba cómo añoraba a su madre. Se arrepintió de haberle contado que la esperaba en las paradas de bus.

¡Tantas madres desaparecían en aquel lugar! Quien quita que Luciano tenía razón. Pero Sergiana no quería pensar más en eso, necesitaba volver a su deseo y escribir la redacción.

Se acordó de que un día había visto, en una telenovela, una actriz que tenía los cabellos parecidos a los de ella; sintió que los de tal actriz eran mucho más bonitos pero se parecían un poco a los suyos.

Se acordó de que la muchacha se bañaba en el río y se mojaba la cabeza. Los cabellos quedaban lindos, flotaban en las aguas del río y hasta quedaban más grandes. ¿Cómo es que su tía le decía que si se mojase ellos se encogían? Inquina de ella, sólo para no hacer esfuerzo.

La moza era linda, Sergiana quedó pensando en sus propios cabellos flotando en el río. ¿Los suyos también flotarían así? Pero, ¡en aquella casa no había ni una sola tina en que pudiera entrar de cuerpo entero! Odiaba el baño en la palangana. ¡No se podía ni lavar bien la cabeza! Entonces se acordó de otro deseo, deseo que ella arrullaba desde Buíque, y que su mamá le prometió que en Río de Janeiro sería diferente. En esa oportunidad su mamá no cumplió.

—Tú vas a ver, allá en Río de Janeiro vamos a bañarnos en la ducha. Dicen que todo el mundo allá sólo se baña en ducha, porque es todo civilizado.

Sergiana pensó que Río de Janeiro quedaba en la urbanización Leblón. Era lo que se veía siempre en la tele.



Llegó a casa de su tía y no había ducha, sólo un balde y un tazón en el baño. Igualito a Buíque. Pero entonces, ¿cómo quedaba? ¿Otro deseo más? La maestra no iba a permitir que ella escribiera sobre él. Ella deseaba tanto bañarse en la ducha. El agua cayéndole por el cuerpo, mojando los cabellos. Pensaba que debía ser muy bueno. Decidió guardar ese deseo. Los deseos fueron apareciendo así, todos de una vez. Un día quiso ser princesa; se acordó de la princesa Caralampia, una princesa muy linda que había ido a vivir a Buíque. Su mamá le contaba siempre sobre esa princesa: una princesa niña que vivía en la hacienda Manizoba. Siempre supo que las princesas vivían en castillos, pero su mamá decía que aquella era diferente, era una princesa del campo, que tenía pulseras de serpiente coral, corona hecha de rosas y adornos de luciérnagas.

Siempre obligaba a su mamá a que le contara la historia de Caralampia, pero la madre no le sabía contar, sólo sabía de oídas:

—No sé cómo es esa historia: mi mamá me dijo que su madre había oído que un día una princesa niña apareció en la hacienda Manizoba, se llamaba Caralampia.

En Buíque, cuando pasaba con su mamá cerca de la hacienda Manizoba, Sergiana imaginaba cómo era Caralampia: “Una princesa muy bonita, tenía un vestido del color del mar, cabellos que volaban con el viento y pulseras de brillantes”. No le gustaba imaginar Caralampia con pulseras de serpiente coral, tenía mucho miedo a las culebras: casi había sido picada por una. En Buíque siempre aparecían culebras.

Era divertido ver que ahora no quería ser más princesa, ella quería ser niña; entonces no necesitaba escribir sobre eso pero seguía deseando conocer la historia de Caralampia: “Debe ser una historia linda, cuando yo sea escritora voy a escribir una historia bonita así”. Ese era un deseo que podía quedar para después, entonces no era preciso escribir sobre él.



De todos sus deseos, había uno del que su tía no podría enterarse de ninguna manera, sólo podía contárselo a Luciano, pero era mejor que no lo se lo contara, era cosa de peligro: deseaba que no hubiese más balaceras. Pensó que a su tía no le iba a gustar ese deseo, y se entristeció. Eran muchos tiros, casi todas las noches, y ella no lograba dormir bien. Luciano decía que ella necesitaba acostumbrarse. Claro que lo había intentado, pero no lo lograba.

—Anda, niña, y agarra esos plomos ahí en el suelo, que los voy a vender a don Fernando, don Fernando aprovecha todo, felizmente ese plomito de la bala vale dinero en la chatarrera, porque ese negocio de planchar ropa no está resultando. ¿Cuántas balas tienes ahí?

Lo peor era tener que agarrar las balas bien tempranito, su tía decía que era muy peligroso, ya había visto gente ser arrestada por eso. Comenzaba a agarrar las balas antes de que el cerro se despertara del todo. Su tía nunca mandaba a los primos, ellos no dormían en casa. Ella casi no veía a sus hijos, quienes sólo venían a casa para comer, y eso siempre muy tarde.

Un día, cuando vivía en Buíque, vio en la tele que en Río de Janeiro había niños que vendían balas en el semáforo, y cuando su tía le dijo que iban a agarrar unas balas para vender, no entendió muy bien. Después supo que eran otras balas, unas de plomo, otras de azúcar.

N.T.: En Brasil, el proyectil de arma de fuego y el caramelo se escriben de la misma manera: bala.

Todos los alumnos ya habían comenzado la redacción, menos ella, pues ahora pensaba en latitas de dulce de guayaba. Vaya, otro deseo más. ¡Como le gustaba el dulce de guayaba! En la calle Teixeira Ribeiro había una cantidad de tiendas que vendían dulce de guayaba. Ella pensaba que la calle Teixeira Ribeiro era la más bonita de la barriada, se parecía a las ferias de Buíque; pero allá en Buíque no había tantos tipos de dulce de guayaba, no, sólo dulce de guayaba envuelta en hoja de banano, y en caja de madera. En la Teixeira Ribeiro había dulce



de guayaba de caja, envuelto en plástico..., pero las más bonitas para Sergiana eran las de lata. Le encantaban las laticas rojas de dulce de guayaba. Su tía no las podía comprar, le decía que eran un lujo. Su madre nunca se las compró, nunca pudo.

—Un día, cuando yo reciba una buena plata, me compro un pocotón de latas de dulce de guayaba, sólo para que acabes con las ganas.

Su mamá era así, le gustaba complacerla, pero todo quedaba para después.

—Un día yo te las compro.

Sergiana gustaba de caminar por la Teixeira Ribeiro sólo para ver las laticas. Entraba en las tiendas y quedaba mirando, mirando.

Volvió a pensar en la playa:

—Si el pelo de la actriz quedaba así, suelto en el agua, el mío también, es casi igual al de ella —pensó alto, y la maestra ordenó:

—¡Vamos, niña, mantén la boca cerrada y haz rápido tu redacción!

Cerró los ojos y pensó en el mar. ¿Sería necesario usar crema en los cabellos para entrar al mar? Las otras niñas decían que sí, que las cremas servían para dejar los cabellos sedosos. Pero su tía le decía que eran tonterías.

—¿Dónde se imaginó una cosa como esa? Pelo malo es pelo malo, no hay Cristo que lo arregle, y menos la crema. Confórmate, niña, naciste así. Es el destino. Yo no voy a gastar dinero con esas tonterías de crema.



Sergiana pensó que si tuviera crema era posible que su tía le permitiera usar los cabellos sueltos y, una vez más, intentó juntar todos sus deseos: usar crema, mojar los cabellos en el mar y dejarlos secar al viento. ¿Esos deseos no podían ser uno solo? Uno tenía que ver con el otro. Pero la maestra no lo entendería.

De nuevo, Sergiana pensó en las laticas de dulce de guayaba, en las tiendas de la Teixeira Ribeiro... ¿No es que a veces hasta parecía que ella estaba en Buíque? En la plaza Mayor Francia, en la calle de los Placeres... todo muy parecido.

Cuando su mamá le dijo que debían ir a Río de Janeiro, ella sólo pensaba en el baño de ducha eléctrica. ¿De verdad había duchas en todas las casas? De la playa ella no tenía duda, ¿cómo se puede vivir en Río de Janeiro y no poder ir a la playa? Su mamá entonces le dijo que, en Río de Janeiro ellas iban a vivir bien cerquita de la playa. En el barrio de la Marea. ¿Y Marea no es cosa de mar? ¡¿Entonces!?. Descubrió, poco a poco, que la Marea ya no era cosa de mar. Un día había sido, ya no más.

Había el piscinón. Se parecía a una laguna pero ella no podía ir allá. Ninguno de los que vivían del mismo lado que la niña lo podían. Sergiana no podía ni siquiera ir a casa de Mychelle, su amiga de la escuela, porque ella vivía del otro lado. Mychelle no sentía miedo, iba solita a la escuela.

Ella pensó, pensó, pero no conseguía entender esa cosa de lados. Pensó que entenderlo era peligroso. Esas cosas quien las contaba era Luciano, que entendía muy bien esa cuestión de lado. Luciano nació en la Marea. Conocía todo de verdad, y decía que era muy peligroso porque cada lado tenía un dueño, y el otro lado era siempre él del enemigo. Pero en el libro de Geografía que la maestra llevó a clase, la Marea no tenía lado. Era solo un dibujo que la maestra les mostraba, gritando:

—Aquí, ¿lo están viendo? Esa mancha grande es la Marea. Ustedes viven aquí.



Sergiana no lo entendió del todo, porque para ella no se parecía a aquella mancha en el mapa.

A veces, Luciano iba a la Teixeira Ribeiro con ella, paseaban, mirando las tiendas. Luciano siempre debía comprar algo para su mamá. Luciano entraba a unas tiendas que vendían un pocotón de cosas que había en Buíque. Sergiana añoraba a Buíque, había nacido allá; había venido a Río de Janeiro con ochos años de edad, ahora tenía doce. Pensó que había pasado muchos años.

Luciano era muy bonito, y la niña descubrió que tenía un deseo más, pero su tía no iba a enterarse de ese.

—Esas niñas de hoy día no tienen juicio, viven por ahí, noviando con cualquiera.

Sergiana quería besar a Luciano en la boca. Todas las niñas de su salón decían haber besado en la boca. Mychelle decía que besar en la boca era muy bueno. Ella incluso había salido con muchachos. Algunas niñas ya habían hecho muchas cosas más, pero Sergiana sólo quería besar la boca de Luciano. Quería escribir sobre ese deseo pero ¿y si la tía leyera su redacción? Se acordó de que su tía no sabía leer, quedó feliz. Un día iba a escribir una redacción sobre el deseo de besar a Luciano en la boca. De beso en la boca, ella pensaba que no entendía. Nunca había besado pero veía la televisión. Parecía fácil. Fácil y bueno.

Quería demasiado preguntar a Luciano si él ya había besado en la boca pero tenía vergüenza. Pensó que era tontería: “Claro que Luciano ha besado en la boca; ¡él se las sabe todas!

Se acordó de Buíque, se acordó de su mamá. Cuando llegaron a Río de Janeiro, era Navidad. En la casa de su tía no había árbol ni regalos. Madre fue entrando a la casa de la tía:



—Es por poco tiempo, que Dios te pague, mi hermana. Teníamos necesidad de venir acá. Si no fuese por ti, ni sé lo que sería de nosotras.

La casa de mi tía era siempre así, a cada rato llegaba un pariente. La casa era pequeña pero ella siempre encontraba la solución. La mamá de Sergiana decía que su hermana tenía un corazón de oro, y ella quedaba pensando cómo debería ser un corazón todo de oro. Y el corazón de la tía brillaba más que el sol en la cabeza de la niña.

La tía les ofreció tostadas dulces de pan viejo. Sergiana probó las rebanadas, por primera vez, no le gustaron mucho. Se fue a dormir, estaba cansada del viaje.

Recordó, ahora, un deseo más:

—Un día, en Navidad, me regalarán una muñeca, mi mamá me lo prometió.

Eran demasiados deseos, la maestra no se lo iba a permitir; además, aquel pocotón de deseos no cabría en una sola redacción. Deseó ser escritora para poder escribir cuántos deseos tuviese.

El deseo de conocer el mar fue regresando a la cabeza de ella. ¿Quién quita que ella iría a la playa con Luciano? No, su tía no la dejaría ir a la playa.

—¡Qué playa, qué nada! No tenemos plata para esos lujos, además es peligroso salir de aquí.

Su tía le tenía cuidado.

—Maestra, ¿es así como se escribe Leblón? ¿Y bronceador, es con s o con c?



La maestra fue hasta el pizarrón y escribió:

LEBLÓN

BRONCEADOR

Y pensó alto:

—¿Por qué esa niña quiere aprender a escribir Leblón? ¡Nunca va a poder ir allá!

Sergiana, que no había oído el pensamiento de la maestra, preguntó:

—Maestra, ¿Leblón está muy lejos de aquí? ¿Cómo es que uno hace para ir allá?

La maestra fingió que no oyó. Ella tampoco había ido a Leblón.

—¡Si vas a seguir con esa flojera, voy a quitarte unos puntos en tu examen!

A Sergiana le gustaba escribir los nombres de los lugares: Buíque, Marea, Leme, Nueva Holanda, Leblón, Manizoba, Teixeira Ribeiro, Baja del Zapatero, Ipanema, Principal, Timbaú, Tatajuba, Copacabana, Río de Janeiro... Pensó que Tatajuba se parecía a Copacabana, pero sólo en la manera de hablar. Repitió alto:

—TA-TA-JU-BA... CO-PA-CA-BA-NA.

Gustaba también de escribir otros nombres: Caralampia, dulce de guayaba, princesa del campo... Hasta pensó que podía ser escritora.



Se acordó de que Copacabana había sido la primera palabra que ella leyó. Fue el día que llegó de Buíque, en el terminal de autobuses. Estaba escrito en un autobús: CO-PA-CA-BANA. Tan bueno si fuesen a vivir en Copacabana. Allá, sí, todo el mundo debía bañarse en la ducha. Pero ella y su mamá ni agarraron ese autobús; su mamá le dijo que él no pasaba por la Marea. La Marea queda hacia el otro lado.

La tía le enseñó a su mamá que quedaba cerca de la avenida Brasil. A Sergiana le pareció extraño, porque vio que estaba muy cerca, pero desde la avenida Brasil no se podía ver bien a la Marea. Sintió que la Marea como que se escondía dentro de aquella avenida enorme.

Se acordó también de su primer día en la escuela de la Marea. La escuela le parecía muy grande, pensó que debería ser bueno estudiar allí. En Buíque no había escuela de aquel tamaño. El primer día, su mamá la llevó a la escuela pero fue luego avisando:

—Necesitas aprender a venir sola, tu tía no va a tener tiempo para traerte.

Ella tuvo miedo, debía pasar por un cantidad enorme de callejones.

Subió por una rampa y llegó a un salón, que ya estaba lleno de alumnos; estaba muy nerviosa, le pareció malo llegar así, después que todos ya se conocían. Todos los alumnos la miraron. La primera semana fue difícil.

—Tía, mira como ella habla raro, en el comedor ella dijo que no le gustaba la “cibolla”, hasta parece que es mi abuela quien habla. No se dice “cibolla”. ¿No es, tía? ¡Es ce-bo-lla!

Todos los alumnos rieron y la niña se murió de vergüenza. A ella también le pareció raro aquella manera de decir “cebolla”. Allá en Buíque nadie hablaba así. Después fue acostum-





brándose, ahora ya conocía a todos. Continuó diciendo “cibolla” y más nadie se rió de ella. Después se dio cuenta de que había muchos niños que hablaban como ella: “cibolla”.

Volvió a sus deseos.

—Cuando yo crezca, voy a tener una casa con un baño muy grande, pienso que incluso va a tener una bañera.

Otro deseo de ella: bañarse en la bañera. Pero ese deseo ella no necesitaba escribir porque era igualito al deseo de bañarse en el mar.

No había manera, era preciso escribir la redacción:



Mi mayor deseo...

Lo que yo quiero mucho es bañarme en el mar.

No, pensó que no estaba bien y comenzó de otra manera:

Mi mayor deseo es el de ir a la playa. Un día, yo iré a la playa de Leblón a atrapar un caimán con Luciano. Voy a zambullirme muchas veces, mojar mis cabellos y salir corriendo para secarlo al viento. Voy a usar bronceador y quedar bien doradita.

Apuesto a que Luciano hasta va querer besarme en la boca. Después que salgamos de la playa, vamos a volver a casa, yo y Luciano, y nos vamos a comprar una latica de dulce de guayaba allá en la tienda de Teixeira Ribeiro y nos vamos a comer pan con dulce de guayaba, porque a Luciano también le gusta mucho el dulce de guayaba. Luciano es el chico más bonito de la Marea, es lo que pienso. Las niñas todas quieren salir con él, pero él va a quererme más a mí y además querrá besarme en la boca. Mi tía no se enterará de nada, ni que yo fui a la playa con Luciano.

¿Pero si ella ve mis cabellos mojados? Ella va a darse cuenta de que los mojé en la playa y me va a regañar mucho, tal vez pegarme. Ella no quiere que yo me suelte el pelo, y después ella dice que no puedo ir a la playa con Luciano. Ese es mi mayor deseo, él de ir a la playa.

La maestra leyó rápidamente la redacción:

—¡Eres verdaderamente terca! ¿No te había dicho que era un solo deseo? ¡Está todo equivocado! Mañana vas a tener que escribir otra.

Sergiana agarró la hoja que estaba en la mano de la maestra. La clase se había terminado y todos bajaron al patio. No podía jugar allá, la maestra pensaba que era peligroso por las balas perdidas. Ella los mandó todos a casa.

En el camino hacia la casa, Sergiana fue pensando que sería muy bueno que si fuese escritora, eso sí, podría tener cuántos deseos quisiese. Podría escribir sobre todos ellos y nadie iría a decir que estaba equivocada. Oyó decir que en Buíque vivió, hace mucho tiempo, un niño que se había transformado en escritor muy famoso; no se acordaba de su nombre, tal vez lo supiera su mamá. Cuando ella regresase, se lo preguntaría. Oyó decir que el niño fue a vivir en Río de Janeiro; igualito a ella.



Volvió a casa, se bañó y, mientras su tía rehacía sus trenzas, ella comenzó a pensar en todo lo que gustaría escribir:

—Voy a hacer una montaña de redacciones y voy a comenzar así:

Un día mi mamá va a volver, ella va a llegar en carrito, y en el carrito también van a llegar todas las madres que desaparecieron. Pienso que deben venir muchos carritos sólo para las madres, porque las madres desaparecieron y los niños no van a quedarse sin madres, porque es muy malo quedar sin madre.

—No, pienso que no va a ser así.

Yo quería tanto andar con los cabellos sueltos. Nunca más voy a dejar que mi tía me haga trenzas con mis cabellos, sólo voy a quedarme con ellos sueltos, volando con el viento. Pienso que mis cabellos son tan bonitos, más bonitos que los de la actriz de aquella tele-novela.

—Humm... Tampoco. Pienso que así está mejor:

Un día voy a tener una casa sólo mía, mía y también de mi mamá, pero sólo si ella regresa, que yo no sé si ella regresará. Pienso que voy a permitir que mi tía viva con nosotras. En mi casa va a haber ducha, y yo voy a querer bañarme a toda hora.

—No, aún no está bueno. Ah, ya sé, va a ser así:

Un día, yo fui a la playa con mi mamá y ella me dejó que yo convidara a Luciano. Fuimos a la playa de Copacabana y atrapamos muchos caimanes. Hasta mi mamá los atrapó.



Después, yo y ella nos mojamos nuestros cabellos y cuando salimos del agua nuestros cabellos se secaron al viento. Nos quedamos con un olorcito sabroso del bronceador que mi mamá compró. Quedamos con olor a playa, que es el olor a bronceador. Mis cabellos hasta parecían más grandes, y mi mamá me dijo que no necesitaba más hacer trenzas. Estuve muy feliz con mis cabellos volando al viento, y vi que ellos eran incluso muy bonitos.

Volvimos a casa porque anocheció, y hasta a mi tía le gustaron mis cabellos. A la hora de dormir, todo estaba en silencio. Me dormí mucho y hasta soñé con Luciano.

Su tía terminó de hacer las trenzas en sus cabellos y fue a terminar de planchar la ropa. Sergiana quedó muy feliz porque, finalmente, había descubierto una manera de escribir la redacción.

El deseo

Yo tengo muchos deseos, pero sólo puedo hablar de uno en esta redacción. Fue muy difícil escoger cuál era mi mayor deseo, pero ahora yo tengo la seguridad de que mi mayor deseo es el de ir a la playa.

Cuando yo crezca, voy a ser escritora, entonces voy a poder escribir sobre los otros deseos. Y, si mi mamá todavía no ha regresado, yo voy a escribir sobre el deseo que tengo de que ella regrese. Pero sólo cuando yo sea escritora es que yo voy a escribir sobre eso, y también sólo si ella aún no ha regresado, claro. Entonces, en mi casa de escritora, mi tía también va a poder vivir, sólo para que ella no necesite más vender los plomos que quedan por el suelo. Y también va a haber un montón de laticas de dulce de guayaba, porque yo hallo que los escritores tienen mucho dinero para comprarse todo lo que ellos desean, y aún pueden escribir sobre los deseos. Pienso que es extraordinario ser escritora.



En mi casa de escritora va a haber un baño con ducha, porque es lógico que en casa de escritor debe haber ducha, y entonces voy a poder mojarme los cabellos todos los días, y Luciano me va a ver muy bonita. Yo también pienso que mi casa va a ser de playa, porque mi mayor deseo es el de ir a la playa.





Luciano, Marea y los deseos





Luciano también tenía deseos, pero como él no era del mismo grupo de Sergiana no necesitó hacer ninguna redacción sobre eso, y sólo comenzó de verdad a pensar en el asunto porque la niña le había contado sobre tal redacción. Lo vio todo como una tontería.

—Muy fastidioso esa cosa de hacer redacción, y más aún si es sobre deseo. Eso es cosa de mariquita.

Y, por más que lo intentara, no lograba parar de pensar en los deseos. Quedó pensando que además tenía algunos, sólo que no lograba acordarse de ellos. Un día quiso tener una bicicleta y su mamá se la compró.

—Pienso que aquella está buena, usada, pero funciona; arréglate con ella hasta que tenga plata para comprarte una nueva.

Jamás pudo, y él quedó con aquella, hasta que se la robaron. Sabía que habían sido los niños del otro lado, pero sabía también que no podía protestar. Conocía bien esa cosa del lado, había nacido allí, en aquel lugar todo dividido. No lloró por causa de la bicicleta, si no su mamá era muy capaz de intentar remediarlo por las malas; en aquel entonces su mamá vivía peleando con todo el mundo, y si supiera que habían robado la bicicleta que ella había comprado con tanto sacrificio eso iba a provocar una gran confusión. Le contó que la bicicleta estaba rota, que don Wilson no tenía el repuesto, iba a tardar en llegar. La mamá se lo creyó, y Luciano nunca más habló de bicicleta.

Su mamá se enfermó, y ya no peleaba con más nadie; estaba en cama hacía tres meses, tuvo que mandar a los gemelos, que eran los menores, a casa de su comadre que vivía en Senador Cámara.







Luciano pensó que ahora sería más fácil, los gemelos tenían tres años de edad, daban mucho trabajo; Lidiane tenía seis, sólo que no había ido a la escuela pues no había cupo en la misma escuela en que los otros estudiaban, la otra escuela quedaba muy lejos, del otro lado, y ahí era peligroso. Leonardo y Lucimara estaban en el grupo de progresión, estudiaban en el mismo salón. Luciano era el más adelantado, ya estaba en la sexta serie. Cuando terminase la octava debería cambiar de escuela, no sabía cómo iba a ser, porque sólo había segundo grado del otro lado del canal del Cunha, de puras aguas contaminadas.

Decidió no pensar ahora en esas cosas, tenía mucho tiempo todavía. Nuevamente volvió a la cabeza la historia de los deseos. Pensó en videojuegos, pelota de cuero, zapatos deportivos de marca, pero no deseaba tanto así esas cosas. Pensó en Sergiana y en los deseos de ella, todos muy divertidos y repitió bajito:

—Comer dulce de guayaba, mojar los cabellos en el mar, ser escritora.

Está claro que Sergiana no le contó el deseo de besarlo en la boca, para eso ella no tenía el coraje todavía; entonces él pensó que los deseos de ella eran muy bobos, cosas de niños.

Pensó que ella era su mejor amiga, y sólo a ella él tenía el coraje de decir que le gustaba caminar por la Teixeira Ribeiro, mirando las tiendas, y que deseaba ser actor de teatro, y de telenovela. Los otros niños no lo podían saber, seguro irían a decir que era cosa de mariquita; para ellos todo era cosa de mariquita.

Un día la profesora llevó su grupo a ver una obra de teatro, y él quedó fascinado con los actores, pensó que un día podía ser actor, pero en la escuela nunca quiso actuar, le daba pena, además su mamá no quería saber de esas cosas:



—Tonterías, llevar dinero para ir al teatro. Esas maestras inventan cada cosa, piensan que uno es rico. Con ese dinero me compraba un litro de leche para los pequeños.

En aquel entonces los pequeños aún vivían con ellos, fue antes de que su mamá se enfermara. Su mamá protestaba mucho, pero acababa por darle el dinero, bastaba con que se lo pidiera la maestra que ella encontraba la manera de conseguirlo, y si fuese necesario lavaba más ropa. Pensaba que la escuela era muy importante, y que los hijos debían estudiar para ser gente en la vida.

—La única cosa que yo aún puedo darles es el estudio. Si aquel sinvergüenza de su padre no se hubiese escapado, todo sería más fácil, pero no, bastó que los niños nacieran para que él se marchara. Tal vez tenga incluso otra familia, el cobarde. ¡Malandro, desvergonzado! Nunca le gustó trabajar, pensándolo bien, fue hasta bueno que se hubiera marchado.

Luciano ya estaba cansado de oír a su madre hablar de eso, sabía que todo era de la boca para afuera. El día que su papá se marchó, ella lloró mucho. Él no, pensó que el padre no iba a hacer tanta falta así, nunca estaba en casa, y cuando estaba sólo dormía; decía que trabajaba de noche, como vigilante de obra. Luciano lo dudaba.

Volvió a pensar en el teatro y en Sergiana. ¿Y si ella quisiera hacer teatro con él? Iba a ser bien bueno, podían incluso hacer teatro por los lados de Copacabana, así ellos podrían ir a la playa antes de los ensayos. Ella iba a disfrutarlo.

Dejó de pensar en los deseos y se fue a la escuela. Leonardo y Lucimara ya debían estar regresando, estudiaban por la mañana.

Antes de ir a la escuela, Luciano debía dar las medicinas a su mamá, y dejarle siempre una botella de agua cerca de la cama, además de oír las recomendaciones de su mamá, que eran muchas:



—Mira, ustedes no vayan a quedarse ahí por las calles, vengán derechito a casa pues dicen que hoy va a haber balacera otra vez.

Luciano pensaba que eran tonterías las preocupaciones con las balaceras; todos los días había una. El sabía arreglárselas, hasta conocía muchos de los niños del movimiento. Algunos ya habían estudiado con él, sólo que vivían perdiendo clases, hasta que desistieron de la escuela. Muchos ya habían muerto.

Ánderson había sido su mejor amigo, pero después que entró en el fumadero, nunca más había sido el mismo. Cuando ellos eran menores, jugaban a las metras frente al portón de la casa de Luciano. Ahora no había más tiempo para esos juegos. Comenzó a andar armado y cabeza gacha. Tenía doce años, no conocía padre ni madre. Era la abuela quien lo cuidaba. Cuando él comenzó a frecuentar el fumadero, ella sufrió mucho, no se conformaba al ver a su nieto en aquel sitio; iba todas las noches a buscarlo. Después no fue más.

—Abuela, es mejor que usted deje de venir aquí, a la gente no le está gustando para nada, me dicen que yo soy niño faldero. Le estoy avisando, es bien mejor para usted, de verdad.

Luciano también sintió que Ánderson había cambiado, y estaba mucho más flaco, tan flaco que parecía que iba a doblarse con el viento.

—Eh, tú, sangre buena. Cuánto tiempo sin verte, Luciano. Acércate para que te dé una idea.

—No, ahora tengo prisa, mi madre está enferma.

—Epa, mira el tipo, está flaqueando.

—Está bien, dímelo, pero es en serio, mi mamá está enferma, tengo que darle la medicina.



—Te llamé sólo porque has sido siempre gente buena, sangre buena, nunca me delataste. Entonces, cuando tengas algún problema, puedes contar conmigo. Sólo quería darte esa idea, vete en paz.

Después de aquel día más nunca ellos se hablaron. Durante el día, Ánderon sólo andaba de cabeza gacha, y Luciano pensaba que él ni siquiera lograba ver a las personas, sólo veía a los enemigos del otro lado.

Ese recuerdo lo hizo pensar que Ánderon ya se parecía a un hombre, pero él era un año mayor que Ánderon; apostaba a que el amigo ya había salido con mujeres (“¡que dirá con las muchachas!”). Él no, jamás había salido con ninguna muchacha pero eso él no quería contarle ni a Sergiana. Y ¿Michelle? Si ella se diera cuenta, se lo contaría a la escuela entera.

Luciano se sentía muy feo, no le gustaban sus piernas, las veían muy finas, ni parecían piernas de hombre. Además no le gustaba su cara, la nariz le parecía demasiado grande. “¿Quitarme la camisa?” Ni pensarlo, tenía el pecho hundido, bien adentro. Su mamá le decía que eso era debido a una bronquitis que él había atrapado cuando niño. Cuando se miraba en el espejo, no le gustaba lo que veía.

—¿Cómo voy a salir con las muchachas, si soy feo de esa manera? Ninguna chama va a querer salir conmigo.

Y entonces deseó tener unas ropas bien chéveres para verse bonito. Su primo sólo andaba bien elegante, sólo con ropa de marca.

—Así cualquiera, mijo, su padre trabaja con los documentos en regla y la madre tiene trabajo fijo en casa de madame, hace más de cinco años. Así hasta yo podía comprar cosas a todos ustedes.



Ese momento él deseó que su papá no se hubiese ido, y hasta se acordó de los carritos de transporte que Sergiana esperaba, a ver si llegaba su mamá. ¿Quién quita que él lo esperara en las paradas y su papá volviera?

—¿Volver para qué? No hace la menor falta.
—Su mamá siempre se lo decía, —cuando tenga nuevas fuerzas para trabajar, vas a ver, no voy a dejar que falte nada aquí en la casa.— Su mamá hablaba de eso todo el día.



Luciano no estaba seguro de qué enfermedad se trataba, su mamá vivía con fiebre alta, y el niño pensaba que los delirios eran pesadillas; lo veía raro, jamás había visto a nadie tener pesadillas despierto. La comadre venía todos los meses a llevarla al ambulatorio de salud, y allá le daban las medicinas.

Todos los días antes de ir a la escuela era él quien barría la casa; después, en la tarde, Lucimara fregaba la vajilla, Lidiane limpiaba el fogón, y Leonardo jugaba cerca del portón. Cuando regresaba, debía cuidar los uniformes pero sólo era posible lavar la ropa cuando los otros vecinos del callejón ya habían terminado de usar el depósito de agua, y a veces ellos terminaban muy tarde.



Hasta que no hubiese mucha cosa que hacer, la comida era poca y también la vajilla, y no todos los días había qué comer, pero entonces ellos comían en la escuela, y como la madre, después que quedó enferma casi no tenía hambre, todo estaba resuelto.

Un día, también a la maestra de Luciano le dio por pedir una redacción. Ella nunca les había pedido que ellos hicieran una redacción.

—Hoy ustedes van a escribir una redacción, y el tema de la redacción es la familia. Pueden comenzar.

Y fue en ese momento cuando el niño descubrió cuál era su verdadero deseo, el deseo más fuerte de todos los deseos que él había tenido nunca. Recordó los libros que la maestra llevaba al salón; de idioma, de matemática, de historia y de geografía. Luciano hallaba que los libros eran bien bonitos, pero el preferido era el de historia, sólo que la maestra no permitía que ningún alumno se llevara los libros a sus casas:

—Ya les dije que no se pueden llevar los libros a casa, ustedes no tienen dónde guardarlos, van a quedar tirados por ahí, y después ustedes se van a olvidar de traerlos a la escuela. Ya conozco esa historia. Ustedes pierden todo lo que es libro.

Luciano no recordaba haber perdido libro alguno, incluso porque él nunca se había llevado un solo libro a casa. ¿Cómo los iba a perder? Pero pensándolo bien era mejor no llevar ninguno, su mamá no quería saber de libros en casa:

—Miren, no me traigan libros a casa, ¿me oyeron? Emidia me dijo que el día de la inscripción, doña Abigaíl avisó que si algún libro desapareciera, o volviera rasgado, uno iba a tener que pagar por eso, porque el fin de año el gobierno manda a recoger todo. Aquél que quiso llevar libros a su casa debió firmar un papel, hubo gente que hasta cheque dejó. Emidia todavía quedó hablando de la propaganda de la televisión, sobre los libros que el gobierno daba a los niños de la escuela pública, pero de nada sirvió. Yo no quiero problemas, para evitar confusión, aquí en la casa no entra ningún libro.

Luciano recordó un libro de estudios sociales del cuarto período, y se acordó de las fotos de familias que había en el libro. En el libro de idioma también había varias fotos de familia, y las familias de los libros eran siempre muy bonitas, sobre todo aquella sentada a la mesa en el momento de la cena: el padre, la madre y los tres hijos —dos niños y una niña—. La madre era linda, y el padre parecía bien simpático.



La madre estaba sirviendo la cena: pollo, arroz, frijol, harina y ensalada. La mesa era bonita, y la casa también. Casa de dos pisos. Todos parecían felices en la foto. Después de esa foto venía otra con la misma familia viendo televisión. Todos sentados en un sofá rojo muy bonito.

En la tele él veía a las familias de las telenovelas cenando juntas, alrededor de una mesa. A él le parecía muy bonita una familia reunida así. Siempre había jugo de naranja en vasos bonitos, y todo el mundo bien arreglado. Otra cosa que a él le gustaba era el postre, en su casa no había esa costumbre de postre, qué va. Sólo en las telenovelas y en la escuela. Un día él pidió postre a su mamá:

—¿Qué historia de postre es esa, niño? Te apuesto a que es cosa de la escuela. ¡Esas maestras tienen cada idea!

Pensó en la redacción, en las familias de los libros, pero la maestra interrumpió sus pensamientos:

—Ustedes deben hablar de la familia de ustedes, cómo ella es, cuántas personas viven en la casa, si el padre vive con ustedes, si hay un abuelo, abuela, cuántos hermanos, si la madre trabaja, si el padre trabaja. Escriban bastante, y traten de hacer una redacción bien bonita, porque ustedes ya están en el sexto grado. La mejor redacción aparecerá en el mural de la escuela.

Luciano pensó en cómo es que podría escribir una redacción bonita si la familia de él no era nada igual a la de los libros: “Hasta podría serlo, bastava que mi papá vuelva a casa, o que mi mamá se recupere y se compre un vestido bien bonito y nos sirva la cena.”



Al niño se le olvidó que aún faltaba el jugo de naranja y los vasos bonitos. “Pero en casa no hay mesa de cenar, y la casa es muy fea, no tiene dos pisos, sólo un techo de concreto, donde vive doña Zení”.

Y Luciano vio que en la Marea no había edificios, sólo casas. Las personas hasta vendían el techo de sus casas, y quien los compraba construía otra casa arriba; pero edificios altos no había, y a él le gustaban las áreas con edificios. Después recordó que del lado de Piñeiro había apartamentos, pero no eran como los de la Zona Sur: “Es un conjunto habitacional”, no tiene ascensor ni área de juegos. ¡Son muy bajos!

¿Será que un día va a haber edificios en la Marea? Quedó pensando en eso y se olvidó de la redacción, comenzó a dibujar un montón de edificios, cada cual más alto que el otro. Dibujó calles arborizadas, carros, postes de luz, gasolinera, panadería, kiosco de periódicos, y ninguna casa, sólo edificios. La maestra vio el dibujo y lo encontró bonito:

—Luciano, dibujas muy bien, ¿ya pensó en ser arquitecto?

Él no sabía qué hacían los arquitectos, entonces la maestra le explicó, y el niño gustó de la idea. ¿Quién quita que si fuese arquitecto no construiría un montón de edificios en la Marea?

Todos entregaron su redacción, menos Luciano, pero la maestra no lo regañó:

—Mañana escribes la redacción, ¿está bien?

Luciano se fue a casa pensando en los edificios de su dibujo. En casa estaba todo igual: su mamá en la cama, los niños viendo televisión. Comieron arroz y frijoles de la cesta básica que él consiguió en la iglesia. Luciano quedó pensando en las familias de los libros y decidió dibujar. Dibujó una sala, con una mesa grande, arreglada con platos y vasos bonitos, recordó



la jarra de jugo, pero él había perdido el lápiz amarillo en la escuela, no iba a ser posible dibujar el jugo de naranja. Fingió que era agua, así ni precisaba pintarla.

—Caramba, Leonardo, ven a ver el dibujo de Luciano, ¡es muy bonito!

Lidiane le pidió que le hiciera un dibujo, quería una muñeca y una casita de muñeca. Él terminó haciendo un dibujo para cara uno:

—Yo quiero una cancha de fútbol.

—Yo quiero un vestido de fiesta.

Terminó los dibujos y fue a acostarse. Soñó con su papá, quien entraba en un edificio muy alto; se despertó asustado cuando en el sueño el edificio comenzó a incendiarse.

Al día siguiente, fue a la escuela pensando en encontrar a Sergiana, ella había faltado varios días. Sergiana contaba que, a veces, su tía necesitaba ayuda en la casa y se lo pedía.

Quisiera ir de paseo con ella, por la Teixeira Ribeiro, además para mostrarle sus dibujos. Sergiana estaba en su salón, y en el momento de la merienda se encontrarían en el comedor.

—¿Vamos a caminar por la Teixeira?

Ella lo aceptó inmediatamente, también sentía añoranza de Luciano. Vio los dibujos y le gustaron. Algunas maestras del turno de la tarde no vinieron y ellos fueron más temprano a caminar por la Teixeira Ribeiro pero la calle estaba cercada por la policía, habían disparado a un niño del movimiento. Luciano quiso ver al muerto, Sergiana no quiso mirarlo.

—Le dieron muchos tiros, ¡sólo en la cara!



—No sé cómo tú aguantas ver esas cosas. Ayer, detrás de mi casa, mataron a uno, hasta pensé que había sido mi primo. Ni siquiera fui a verlo. Mi tía dijo que no era él.

Sergiana recordó los plomos que debía agarrar en el patio. Por lo visto, aquella noche iría a haber muchas balas. Dependiendo de la cantidad, se iba a cansar.

Volvieron y decidieron quedarse en el patio de la escuela.

—¿Qué quieres que te dibuje?

Sergiana le pidió que el dibujara el mar, después le pidió que el la dibujase bañándose en el mar.

—¿Lograrás dibujarme? Pero quiero con el pelo suelto.

—No sé si voy a lograr dibujarte, ¿y si queda feo?

—Pienso que no va a quedar feo, tú sabes dibujar muy bien, Luciano.

Luciano dibujó el mar y a Sergiana con los cabellos sueltos. Hasta parecía que el viento estaba moviendo su pelo. Ella se vio linda en el dibujo de Luciano, hasta se parecía a la princesa Caralampia.



—¿Caralampia? Qué nombre tan raro, Sergiana.

Sergiana le explicó a Luciano quien era Caralampia; el niño lo encontró muy divertido, y dibujó la niña con un vestido del color del mar, con una corona de rosas y adornos de cocuyo. Después, Luciano dibujó un montón de edificios, una placita, niños jugando, dibujó él y Sergiana paseándose por la Teixeira, pero en su dibujo la Teixeira tenía edificios muy altos.

—Luciano, ¿será que puedes dibujar toda la Marea? Pero ¿dibujas la Marea con playa?, si

—Pero si aquí no hay playa.



—No tiene nada que ver, aquí tampoco hay edificios. En el dibujo uno puede poner todo de la manera que lo desea, es igualito a la historia que uno inventa. ¿Tú sabes que voy a ser escritora? Entonces, voy a escribir todo lo que yo quiera; y si quieres también podrás ser dibujante, entonces vas a poder dibujar todo del mundo.

Sergiana comenzó a girar con los brazos abiertos, sólo para mostrar a Luciano el tamaño del mundo.

—¡Así todo del mundo!

A Luciano le pareció que Sergiana era muy bonita, girando con los brazos abiertos. Nunca la había visto así, tan bonita y tan feliz.

Al niño le gustó la idea de Sergiana, pensó que podía ser arquitecto y dibujante. Comenzó a dibujar más cosas: la Marea enterita, edificios enormes, el mar, la niña con los cabellos mojados y sueltos al viento, y una familia cenando en una casa bien bonita.

Pero el dibujo que a él más le gustó fue el último: su mamá sirviendo la cena en una mesa muy grande, con platos bonitos, arroz, frijoles, carne, ensalada y una jarra de jugo con vasos bonitos; Lidiane, Leonardo, Lucimara y los gemelos: todos sentados alrededor de la mesa, y él llegando de la calle y dándole un beso a la mamá.

A Sergiana le gustaron los dibujos. Eran de verdad bien bonitos.

—¡Luciano, tú vas a ser dibujante, seguro!

Y el niño pensó que ser dibujante era ahora su mayor deseo.







Sergiana, Luciano y la princesa Caralampia



Luciano fue a dormir pensando en su deseo. Pensando en cómo sería bueno ser un gran dibujante. ¿Tal vez, hasta pintor de cuadros?

En la Teixeira siempre aparecía alguien vendiendo cuadros, había cuadros de caballos, de paisajes y de mujeres con ropas transparentes. Pero él quería de verdad los cuadros con edificios. Nunca había visto ninguno. Su madre siempre quiso tener un cuadro de paisaje en la pared de la sala. Pensó que, si fuese dibujante o pintor, podría hacer uno para la escuela.

Se despertó temprano, le dio las medicinas a su mamá y fue a la escuela. Llegó mucho antes de la hora. Había hecho un dibujo más y estaba ansioso por mostrárselo a Sergiana. Dibujó un centro comercial en la Marea. Hasta su mamá, que no le ponía atención a esas cosas, lo vio bonito.

Cuando él llegó, la maestra agarró el dibujo y fue a mostrárselo a la directora de la escuela, y ella preguntó si él no quería pintar un mural en el comedor.

A Sergiana le encantó el centro comercial, y Mychelle le pidió a Luciano que dibujara un edificio con un parque de juguetes igualito al que había en el edificio de la patrona de su mamá. El niño se lo dibujó.

Mychelle le contó que había ido a una fiesta en la casa de la patrona de su mamá pero que había sido muy mala, no había conseguido hacer amistad con nadie:

—Las niñas del parque era muy engreídas, y la hija de la patrona de mi mamá también. Ellas se reunían en un grupito. No me gustó, no, fue muy aburrido, me dio sueño pero tuve que esperar a que mi mamá terminara de limpiarlo todo.



Luciano fue a su salón. Las niñas quedaron en el patio, la maestra se había ausentado de nuevo, y Sergiana pensó que ella no regresaba más: “A ella no le gustaba dar clases aquí”, tal vez consiguió otra escuela. ¡Ojalá!

La directora ordenó que el grupo de Sergiana fuese al salón de lectura. A Sergiana le pareció estupendo, le gustaba mucho ir allá.

Después de clases, Luciano fue al patio. Sergiana ya estaba allá con Mychelle, esperando por él; habían decidido ir a la Teixeira.

—Vamos, Mychelle, tu mamá ni va a darse cuenta. A veces, la tía de Sergiana nunca supo que nos fuimos por allá.

Cuando salieron de la escuela, se dieron cuenta de que había ocurrido algo, ya era el tercer carro de la policía que pasaba corriendo hacia la Teixeira. Pensaron que era mejor quedarse en la escuela hasta que todo se calmara.

—Luciano, ¿ya saliste con alguna niña?

Mychelle le preguntó. Sergiana cambió de color, fingió lo más que pudo para que Luciano no se diera cuenta de su desconcierto.

El niño sabía que no podía decirles la verdad. La cabeza gacha, contestó que ya había salido con tres, entonces Mychelle le preguntó por qué él no salía con Sergiana:

—Esa boba ahí nunca salió con ningún chico, ustedes son tan allegados, ¿por qué no le enseñan a ella todas las cosas que uno hace cuando sale con el otro?



Sergiana no sabía qué hacer, quería irse corriendo, entrar en un hueco. Tenía tanta rabia a Mychelle que comenzó a llorar.

—Yo sólo estaba jugando, tonta. ¿Qué hay de malo en eso? No hay nada de malo en hacer cositas.



Luciano también estaba avergonzado, Sergiana era su mejor amiga, no quería que ella le tuviera rabia.

El bululú de la calle ya había acabado, y ya era hora de cerrar la escuela. Decidieron irse, no había más tiempo para caminar por la Teixeira. Mychelle se despidió de los dos y se marchó.



Luciano siempre iba con Sergiana casi hasta la casa de ella. En el camino casi no se hablaron, se despidieron en la esquina de la calle de Sergiana y, por primera vez, Luciano sintió un deseo enorme de agarrar la mano de ella. Sergiana dobló la esquina, corriendo, sin mirar hacia atrás: dejó a Luciano pensando: “¿Cómo Sergiana va a querer salir conmigo?”.

Palpó la nariz. “Con esa nariz grande, esas piernas finas de esa manera. Ella debe pensar que soy muy feo”.

Lucimara y Leonardo estaban en la sala viendo televisión, Lidiane estaba en el cuarto, cerca de la cama de su mamá, jugando a la casita con unas ollitas y una muñeca que ella había ganado en la fiesta de la iglesia.

Luciano fue hasta el cuarto, su mamá no tenía fiebre, dijo que se estaba sintiendo bien mejor. El niño no veía la hora en que su madre se mejorara de nuevo, trabajara de nuevo, cuidara la casa. Todo estaba desarreglado, ellos no sabían arreglarlo bien.

—Mamá, usted bien podía dejarme trabajar de cargador en la feria, Leonardo podía ayudarme, daría para conseguir alguna plata.

—Ya te dije que no, es peligroso estar ahí caminando por la feria, siempre hay confusión, y después yo ya voy mejorando, pienso que hacia fines de este mes ya estoy bien. Voy a ver un trabajo de limpieza por los lados de Copacabana, por allá ellos pagan más.

Luciano quería tanto hacer trabajo de cargador en la feria, un montón de niños menores que él ya lo hacían. Pensó que, si consiguiera plata con el flete, hasta podría comprarse una latica de dulce de guayaba como regalo para Sergiana: a ella le iba a gustar mucho. Decidió que iba a hacerlo a escondidas de su mamá, era sólo decirle que iba al fútbol y listo. Fue a dormir pensando en Sergiana, y en la carrucha que necesitaba conseguir para llevar cosas en la feria.



Al día siguiente, fue el primero en despertarse, necesitaba una manera de conseguirse la carrucha para el domingo. Recordó que los primos de Sergiana ya habían sido cargadores, ¿quién quita que tuvieran una carrucha en la casa de la niña? Fue hasta allá, Sergiana estaba en el portón, se llevó un susto con la llegada del niño, no era común que él apareciera en casa de ella, aún menos a aquella hora. Luciano le contó a la niña que necesitaba hacer flete en la feria y quería saber si los primos de ella habían dejado la carrucha por allá. Dijo que, cuando comenzase a ganar plata, pagaría por la carrucha. Sergiana sabía que los primos nunca más iban a trabajar en la feria, y la carrucha estaba tirada en el fondo de la casa. A la tía no le importó, le gustaba Luciano, pensaba que él era una buena compañía para la sobrina.

—Te la puedes llevar, Luciano, aquí nadie va a necesitar eso; además, si algún día ellos decidieran volver a trabajar, nos arreglamos. No es necesario pagar por la carrucha, no. Está toda vieja, vas a tener que arreglarla primero.

Luciano vio que de verdad la carrucha necesitaba un arreglo, estaba bastante golpeada. Agradeció, agarró la carrucha y fue a casa a intentar repararla. Su mamá no podía darse cuenta, era mejor ni hablar con Leonardo. Pensó que hacer flete era mejor que vender los plomos que quedaban por el suelo; su mamá siempre le había dicho que ese negocio era peligroso, además, para conseguir plata, de verdad, era necesario buscar los plomos que caían en las calles, porque en el huerto de su casa no caían tantas balas, la búsqueda en la calle era bastante peligrosa.

El niño arregló la carrucha y la dejó en la parte trasera de la casa: su mamá no debería saber nada.

—Madre, ya me voy, cuando regrese lavo los uniformes, ya di de comer a Liliane.



En el camino, Luciano encontró a Leonardo y Lucimara, quienes venían de la escuela, y recordó que no debían olvidarse del horario de la medicina de mamá. Lucimara le dijo que la maestra la regañó porque su uniforme estaba muy sucio:

—Ella lo dijo delante de todo el grupo, me moría de la vergüenza.

Luciano explicó a la hermana que no lo había lavado porque el jabón se había acabado, pero que no le dijera a la mamá, ella iba a preocuparse, y no podía hacer nada. Después él iba a encontrar la manera de conseguir jabón.

Pensó que ya tenía una cosa más que comprar con el dinero del flete: jabón. Tal vez no fuese suficiente ni para comprarse una latica de dulce de guayaba para Sergiana.

Sergiana ya estaba en el patio cuando Luciano llegó: medio resabiado, fue a hablar con ella, la niña también estaba fuera de base, no sabía qué decir después de aquella historia de Mychelle, no lograba ni levantar la cabeza para mirarlo. Luciano le dijo que ya había reparado la carrucha y que comenzaría en la feria del domingo, y que si todo resultaba bien él iba a comprarle un regalo, porque, si no fuese por ella, él no tendría la carrucha.

La niña sintió que había cambiado de color, levantó la cabeza y encontró los ojos de Luciano, que buscaban los de ella. Sintió un frío en la barriga, y al instante recordó las palabras de Mychelle:

—Es muy bueno salir con un chico, ¡me da un frío en la barriga!

Luciano caminó hacia el salón, y Sergiana se quedó en el patio, iba a tener clases de gimnasia, después estaba libre, la maestra había faltado otra vez.



En el salón, la maestra de Luciano le preguntó si él había hecho más dibujos, le dijo que iba a ver si le conseguía un curso de diseño.

—Sólo cuando se mejore mi mamá, porque no puedo dejarla sola; por la mañana mis hermanos van a la escuela, y no va a permitirme salir en la noche.

La maestra le explicó que eran sólo dos veces a la semana, ya había visto uno cercano, y la directora de la escuela estaba intentando hablar con los responsables del curso. Luciano le dijo que deseaba mucho tomarlo, pero de verdad debía esperar a que su mamá se recuperara.

Cuando se acabó la clase, Luciano fue a buscar a Sergiana pero la niña ya se había marchado; pensó en pasar por la casa de ella, pero necesitaba volver rápido a su casa, le había prometido a su mamá que lavaría los uniformes tan pronto llegara. Iba a encontrar la manera de lavarlos, sin jabón.

En casa, encontró a su mamá sentada en la sala viendo telenovela con los hermanos, parecía que se encontraba mejor. Luciano sintió un alivio enorme, a veces llegaba a pensar que su mamá iba a morir de aquella enfermedad.

—Luciano, Emilia vino por aquí a visitarme y trajo un plato de carne molida que ella preparó, está muy sabroso, te dejé un poco, los niños ya comieron.

El niño sirvió la carne molida en el plato y comió con gusto. Pensó en su deseo: la mamá, los hermanos... Todos alrededor de la mesa de comedor, los vasos y platos bonitos, y la jarra de jugo de naranja.

Lidiane le preguntó a su mamá si ella no la podía llevar al restaurante de comida rápida, nunca había ido allá, si fuese iba a ganar los mismos regalos que la hija de doña Emilia había ganado:



—Mamá, los cachorros son lindos, Suelén escogió uno todo blanquito. ¿Me llevas allá?

Luciano también tenía ganas de ir al restaurante, con el dinero que ganaría usando la carrucha podría llevar a los hermanos, ¿quién quita? Pero primero iría a comprar algunas cosas para la casa; después, compraría la latica de dulce de guayaba de Sergiana.

Luciano fue al callejón a lavar los uniformes. Restregó las blusas y los chores. De hecho, las blusas estaban muy sucias, tuvo que restregarlas mucho porque no había jabón. Enjuagó todo, todavía las ropas estaban mal lavadas, pero lo dejó así. Cuando comprase el jabón, lavaría todo mejor.

El domingo se despertó muy temprano, ya había avisado a su mamá que iría al fútbol. Agarró la carrucha y fue a la feria. Varios chicos hacían flete; si fuese lejos podría cobrar tres reales; más que eso nadie pagaba.

En la feria había un montón de gente que conocía a su mamá, acabarían por contárselo. Quedó unas dos horas esperando hasta que apareció la primera persona que necesitaba flete, y como no era muy lejos, solo cobró dos reales.

Luciano quedó en la feria hasta las dos de la tarde; ya estaba muerto del hambre, era preciso regresar a casa. Logró obtener ocho reales. Se compró jabón, un litro de leche, frijoles y cebolla; ahorró uno cincuenta para la latica de dulce de guayaba para Sergiana, que tal vez pudiera comprar el domingo siguiente.

No podía volver con la carrucha a casa; pensó en dejarla en casa de Sergiana, así aprovecharía para verla, pero además pensó que la tía de ella podía pensar que era mucho abuso de la parte de él, entonces decidió dejar la carrucha en la pequeña cancha cerca de su casa. En la noche, cuando su mamá estuviera durmiendo, la guardaría.



—Mi hijo, te tardaste mucho en ese fútbol, ya estaba preocupada.

El niño entró a casa, se bañó y fue a buscar algo de comer. Nuevamente pensó en su deseo, pensó que él se ajustaba a un domingo: comida en la mesa, vasos bonitos, jarra de jugo y hasta postre. Pero en su casa no había mesa, sólo una muy pequeña en la cocina, aún así era para guardar las ollas, no era posible usarla para cenar.

Puso el arroz en el plato, con un poco de harina de yuca y comió. Recordó la carne molida del día anterior y el restaurante. Quería mucho comer cosas sabrosas. A veces, en la escuela, servían pollo con pasta.

Su mamá veía la tele, un programa que a ella le gustaba mucho:

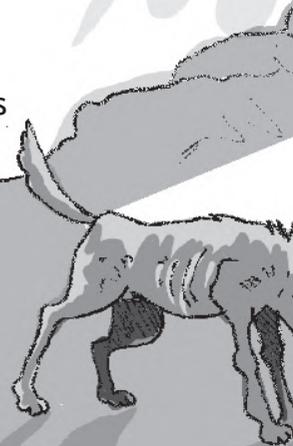
—Yo siempre les quise escribir, contarles mi historia, ¿sería posible ir allá?

Lucimara también lo deseaba, sólo pensaba en tener las cosas que las princesas del programa recibían: ropas, zapatos, juguetes.

Liliane quería acompañarla, Lucimara y Luciana también, sólo Luciano no quería, sentía tanta vergüenza.

Luciano terminó de comer y fue a la calle a ver si podía jugar con alguien, mientras oscurecía. En los domingos, durante el día, las calles cercanas a su casa se ponían bien animadas.

—Caray, chico, eso fue grande. Los niños fueron hacia los turistas. Yo y Andrey sólo quedamos mirando de lejos. Después, hubo un momento en que uno de los niños nos reconoció...





¿no es verdad, Andrey? Era aquel chico de la calle de atrás, aquél que jugaba a la pelota con nosotros, y que después entró en el movimiento. Cuando me habló, hasta temblé, ¿te imaginas si ellos pensarán que estábamos con ellos? Caramba, chico, fue bien siniestro, no se puede ir más a la playa los domingos. ¡Muy peligroso!

Entonces, Luciano recordó a Sergiana: la niña adoraba el mar. Tuvo ganas de ir a la playa con ella. Un día, fue con los niños, pero ahora no iba a poder, su mamá no se lo permitía.

Aquel día iba a haber un baile en la plaza:

—Vamos, Luciano, eso va a ser fantástico, lleno de gatas. Tú no vas nunca, te quedas en casa, chico, hasta pareces un mariquita. Te apuesto que jamás te enredaste con una chica.

Siempre era así, bastaba con decir que no podía ir a algún lugar con los niños y lo llamaban mariquita: se quedaba molesto. Su mamá no le permitía andar por el barrio por las noches:

—No insistas, no irás, esos bailes no sirven, sólo hay desvergüenza, además hay balaceras.

En cuanto a eso él sabía que su mamá tenía razón, siempre había historias de adolescentes que morían en los bailes de barrio. Todo baile tenía un caso de esos.

Luciano pensó que sería bueno ir al baile con Sergiana: tuvo ganas de bailar con la niña pero... ¿cómo? Sólo si salieran escondidos, porque la tía de ella tampoco se lo permitiría.

Anocheció, Luciano se despidió de los niños y fue a casa. Lunes era el día en que su mamá iba al ambulatorio; ¿le darían de alta?



—Mi hijo, mañana Cremilda viene tempranito para que podamos ir al ambulatorio, pienso que van a darme de alta para que pueda trabajar; aún así voy a pedirle a ella que se quede con los gemelos hasta el final del año; ya es suficiente que ustedes estén solos, ellos todavía son muy pequeños.

A Luciano le gustó la idea de dejar los hermanos menores con la comadre de su mamá; ellos daban mucho trabajo.

Aquella noche Luciano soñó con Sergiana, y en el sueño la niña estaba linda, andaba por las calles con un vestido de fiesta: todos los niños que iban por la calle querían meterse con ella. Sergiana ni lo miraba a él.

Se despertó con su mamá avisándole que ya iba a salir. Se incorporó, abrió la caja de leche, la mezcló con el café que su mamá había hecho, encendió la tele y quedó esperando a sus hermanos: no iba a despertarlos, pues no había clases. Apagó el televisor, agarró las hojas que había recibido de la maestra y comenzó a dibujar. Dibujó un niño y una niña caminando tomados de las manos por la calle; los cabellos de la niña estaban sueltos y volaban con el viento. Dibujó el mar con barquitos y gente pescando.

Leonardo y Lucimara se despertaron, Lidiane aún dormía, ya eran las once, precisaba arreglarse para ir a la escuela. Avisó a sus hermanos que su mamá había ido al ambulatorio, que había comida en la cocina, y fue a arreglarse para ir a la escuela.

Se puso el uniforme y se miró en el espejo que quedaba en la puerta del armario de la mamá. Se peinó, arregló el chor y quedó mirando su tórax; no le gustó (su mamá le dijo que cuando él creciera, el pecho no se vería ahondado, el médico había dicho que eso se arreglaba con el tiempo). Restregó la nariz con las manos, deseaba que fuese más pequeña. Pensó en Ser-



giana, y sintió ganas de enredarse con ella. En el camino hacia la escuela las ganas fueron aumentando, realmente necesitaba hablarle. “¿Y si ella no quiere? Y si no quiere ni siquiera ser mi amiga?” Aún muriendo de miedo, decidió que le hablaría.

Buscó a Sergiana por todos los rincones de la escuela y no la encontró; su salón estaba vacío, Mychelle tampoco había llegado. Su corazón latía muy fuerte. Pensó que la niña se había retrasado; miró el reloj de la sala de dirección y vio que aún faltaba media hora para el comienzo de las clases, pero aún así estaba ansioso.

“¿Y si ella no viene?” Tuvo miedo de que hubiese ocurrido algo, Sergiana jamás faltaba los lunes. Fue a esperarla en el salón de lectura.

Sergiana no quería llegar retrasada aquel día, ya lo había hecho la otra semana. Le gustaba llegar temprano el lunes para poder quedar más tiempo con Luciano, ya bastaba no haberlo visto el sábado y el domingo. A veces, su tía le pedía que entregara las ropas que había planchado el fin de semana; cuando eso ocurría, ella llegaba retrasada, la tía tardaba mucho en arreglar el bulto de ropa.

Pensó que encontraría a Luciano en el portón de la escuela, él siempre la esperaba en la entrada, pero él no estaba allí, su corazón latió más fuerte. ¿Y si él falta a clases hoy? Subió la rampa corriendo, ni pasó por el salón de lectura que solía estar abierto a la hora de la entrada. Fue hasta el salón del niño, había algunos alumnos, pero le dijeron que él aún no había llegado. Bajó la rampa, todavía faltaban veinte minutos para que sonara la campana. Quedó medio perdida, caminando por el patio interno.

En el salón de lectura, Luciano estaba distraído con un libro nuevo que su maestra había comprado en una feria de libros: *La tierra de los niños desnudos*. Le divirtió el título, pensó



que fuese una historia sobre niños desnudos; abrió el libro y vio que no se trataba de nada de eso, era sólo una historia más para niños; comenzó a hojearlo sin mucho interés, cuando le golpeó una palabra: “Caralampia”. Su corazón latió fuerte, sólo podía ser la princesa sobre la cual Sergiana hablaba tanto, necesitaba contárselo. Dejó el libro sobre la mesa y salió corriendo a ver si ella había llegado, la pilló en el patio y sintió que su corazón latía más fuerte que todo en el mundo.

Sergiana vio a Luciano y respiró aliviada:

—Pensé que no venías hoy.

Luciano la miró y pensó que ella se veía más bonita.

—Debes ver lo que yo encontré, vamos al salón de lectura que te lo muestro.

Cuando entraron, Luciano agarró el libro que estaba sobre la mesa —ya abierto en la página— y se lo mostró. Sergiana vio escrito el nombre de la princesa que ella siempre deseó conocer; recordó Buíque: su casa, la hacienda Manizoba —donde vivió la princesa—, el vestido del color del mar, las pulseras de serpiente coral... Tuvo miedo, prefería las pulseras de brillantes. Recordó a su mamá hablando de la princesa, sintió añoranza. Bajó la cabeza para que Luciano no viera que sus ojos estaban húmedos, pero él se dio cuenta; irguió la cabeza de ella, secó dos goticas de agua que se escurrían por la cara colorada de la niña, hizo acopio de coraje y le dijo bajito:

—Sergiana, yo pienso que eres más bonita que la princesa Caralampia.

Sonó la campana, los ojos de Sergiana brillaron, y el corazón del niño se disparó. Sergiana hasta pudo oír los latidos.



Luciano agarró la mano de ella, y los dos salieron del salón de lectura atolondrados. Se despidieron y se propusieron ir de paseo por la Teixeira, al final de las clases.



ÍNDICE

La niña, el mar, los deseos y la maestra de redacción.....	9
Luciano, la Marea y los deseos.....	35
Sergiana, Luciano y la princesa Caralampia.....	55

Esta edición de 5000 ejemplares
se imprimió durante el mes de noviembre del año 2012,
en los talleres de GAME VIAL C.A.,
en Caracas, Venezuela

GEORGINA MARTINS

Georgina Martins tiene 51 años de edad, vive en la urbanización del Flamengo, en la ciudad de Río de Janeiro, es madre de tres niños y le encanta bailar, conversar con los amigos, ir a la playa y al cine. A ella siempre le gustó leer y estudiar, hábitos que adquirió temprano, de las manos de sus padres. Aprendió a leer con su mamá quien, a pesar de sólo haber podido cursar los primeros estudios, la enseñó también a interesarse en la poesía y de los cuentos de hadas. Pasó su niñez oyéndola declamar principalmente los poemas de Casimiro de Abreu. Del padre, oía historias y las anécdotas de su tierra natal: Fortaleza.

Ella recuerda que se dio cuenta de que sabía leer en un paseo en tranvía por las calles de la Isla del Gobernador, el año 1963. Decía en voz alta las letras que aparecían en las pancartas publicitarias del tranvía que circulaba por la isla, hasta que logró leer su primera palabra “fubá” (una especie de harina de maíz amarillo). El hecho la dejó muy espantada y feliz.

LA OBRA DE GEORGINA

Georgina Martins comenzó a escribir en la adolescencia, cuando ya publicaba poemas en un periódico de la ciudad de Nueva Iguazú, cerca de Río. Su primer libro publicado fue “El niño que no se llamaba Juan y la niña que no se llamaba María” (1999), una relectura del cuento Juan y María, a la luz de la niñez abandonada en Brasil. Luego vinieron “El niño que jugaba a ser”, “Quédate conmigo”, “Espera a que voy a contarte como fue”, “En el ojo de la calle: historietas casi tristes”, “Todos los amores y Otros bichos”. Además de escribir para niños, Georgina trabaja en la Facultad de Letras de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ) con proyectos literatura infantil y lectura, y actúa en diversos cursos para maestros de primaria y secundaria.

DOUGLAS MUÑOZ

Nacido en Caracas. Se graduó de Diseñador gráfico en 1989. Ha trabajado como Director de Arte en importantes agencias de publicidad y en otros medios como ilustrador destacándose por su versatilidad.

Se desempeñó como docente en el Instituto Técnico Antonio José de Sucre (San Cristóbal, Edo Táchira – 1993/94) y en el Instituto CIDIG (Barquisimeto, Edo Lara – 1995). Bajo la tutela de Félix Rodríguez se especializó en la producción de Dibujos animados (1996).

Como complemento a su trabajo artístico, escribió e ilustró el cuento infantil “Güido, el cerdito dormilón” aún sin publicar y está en desarrollo de otros proyectos literarios para niños

Actualmente se dedica a la producción independiente de dibujos animados, ilustración, diseño gráfico y publicidad en general.



**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA**
PROHIBIDA SU VENTA



Ministerio del Poder Popular
para la **Educación**

IPASME

